

Vie
30
Dic
2016

Evangelio del día

[Octava de Navidad](#)

Hoy celebramos: **Sagrada Familia**

“El amor ceñidor de la unidad consumada”

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 3, 2-6. 12-14

El Señor honra más al padre que a los hijos
y afirma el derecho de la madre sobre ellos.

Quien honra a su padre expía sus pecados,
y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros.

Quien honra a su padre se alegrará de sus hijos
y, cuando rece, será escuchado.

Quien respeta a su padre tendrá larga vida,
y quien honra a su madre obedece al Señor.

Hijo, cuida de tu padre en su vejez
y durante su vida no le causes tristeza.

Aunque pierda el juicio, sé indulgente con él,
y no lo desprecies aun estando tú en pleno vigor.

Porque la compasión hacia el padre no será olvidada
y te servirá para reparar tus pecados.

Salmo de hoy

Salmo 127, 1bc-2. 3. 4-5 R/. Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. R/.

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. R/.

Ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses 3, 12-21

Hermanos:
Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia.

Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro.

El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.

Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta.

Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo.

Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente.

Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados.

Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas.

Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan el ánimo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2, 13-15. 19-23

Cuando se retiraron los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

«Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».

José se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi hijo».

Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo:

«Levántate, coge al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño».

Se levantó, tomó al niño y a su madre y volvió a la tierra de Israel.

Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes tuvo miedo de ir allá. Y avisado en sueños se retiró a Galilea y se estableció en una ciudad llamada Nazaret. Así se cumplió lo dicho por medio de los profetas, que se llamaría nazareno.

Reflexión del Evangelio de hoy

El amor ceñidor de la unidad consumada

En este día de la Sagrada Familia es bueno que reflexionemos, como nos proponen los textos de litúrgicos tanto Ben Sirá, en el Libro del Eclesiástico, como San Pablo, en su Carta a los cristianos de Colosas, sobre nuestro personal comportamiento como hijos respecto a nuestros padres, como padres respecto a sus hijos y como esposos entre sí, para formar entre todos una familia en la que el amor, la comprensión, el respeto, la aceptación mutua y un largo etc., presidan nuestra convivencia diaria.

Los textos nos invitan a amarnos y respetarnos unos a otros. Pero, llama la atención que una actitud que, por ella misma, debía ser espontánea, se nos propone como mandato (no olvidemos que es el cuarto mandamiento de la Ley de Dios) y, al cumplirlo, recibimos como recompensa: acumular tesoros, ser escuchados, obedecer al Señor y reparar nuestros pecados. Aunque, personalmente, mantengo la opinión de que cuidar y mimar a nuestros padres debía ser algo innato en el corazón y pensamiento de todo hijo.

El respeto a nuestros padres está en la misma línea que el respeto debido a Dios, es más, es expresión del amor que debemos a Dios, porque nuestros padres continúan, en cierto sentido, la autoridad de Dios, son continuadores de su obra creadora y salvadora en nosotros: por ellos vinimos a la vida, de ellos recibimos la primera educación, el sentido religioso de la vida, el cuidado, la alimentación y un largo etc. que nunca deberíamos olvidar.

Ben Sirá nos comunica su experiencia vital fruto de acumuladas experiencias, de profunda meditación, pero sobre todo fruto de su experiencia de la Bondad de Dios en su vida.

Acojamos los consejos que el Libro del Eclesiástico y el Apóstol San Pablo nos ofrecen hoy para aprender a vivir bien, para alcanzar la bendición de Dios, para ser felices y hacer felices a quienes conviven con nosotros, para continuar, con mano propia, la obra creadora de Dios con la que nos regala la VIDA.

Y, no perdamos de vista que, San Pablo, nos recuerda que «el Amor es el ceñidor de la unidad consumada.»

La Sagrada Familia

Siguiendo el texto evangélico de San Mateo, fijamos hoy nuestra mirada en Jesús, María y José, y adoramos el misterio de un Dios que quiso nacer de una Mujer, para entrar en este mundo por el camino común a todos los hombres. Al hacerlo así, Jesús santificó la realidad de la familia, colmándola de gracia divina y revelando plenamente su vocación y misión.

La Sagrada Familia nos enseña a poner a Dios en el centro de toda convivencia, y, a tener el amor como motivación familiar y fraterna, ejercitando las virtudes teologales.

Por una parte, la Familia de Jesús, de María y de José, es una familia como todas y, en cuanto tal, es modelo de amor conyugal, de colaboración, de sacrificio, de ponerse en manos de la divina Providencia, de laboriosidad y de solidaridad; es decir, de todos los valores que la familia conserva y promueve, contribuyendo en primer lugar, a formar el entramado de toda sociedad.

Sin embargo, al mismo tiempo, la Familia de Nazaret es única, diversa de todas las demás pues, por su singular vocación, está vinculada a la misión del Hijo de Dios.

Y, precisamente por esta unicidad señala a todas las familias, el horizonte de Dios, el primado dulce y exigente de su voluntad y la perspectiva del cielo al que estamos destinados.

De la vida “oculta” de Jesús, de su vida familiar sabemos muy poco. Suponemos que – de acuerdo a la piedad, a la educación recibida y a la profunda presencia del Espíritu Santo en Jesús y en sus padres– hubo una relación de respeto y comprensión, sin excluir las preocupaciones y situaciones normales, e incluso dramáticas, de la vida cotidiana de toda familia.

Damos gracias a Dios, porque María Santísima y San José, con fe y disponibilidad cooperaron al plan de salvación de Dios.

Que el ejemplo de María, que conservaba todo en su corazón (cf. Lc 2, 51), y el silencio de José, hombre justo (cf. Mt 1, 19), nos hagan entrar en el misterio pleno de fe y de humanidad de la Sagrada Familia.

Si tenemos problemas en la convivencia podíamos preguntarnos si:

¿Será porque no reconocemos que la vida es un DON de Dios?

¿Será porque no somos conscientes que nuestros padres colaboraron con Dios para que nosotros recibiéramos de Dios el regalo de la vida?

¿Será porque tendemos a poner mayor empeño en atender nuestros derechos antes que nuestras obligaciones?



Monjas Dominicanas Contemplativas

Monasterio de Santa Catalina de Siena (Paterna)

Sagrada Familia

Fiesta de la Sagrada Familia

Historia de la fiesta de la Sagrada Familia

Así como se provocó en la piedad de la Iglesia, en tiempos modernos, el culto a San José, al que va profundamente unido el culto más antiguo a la Virgen María, así se ha llegado con espontaneidad a extenderse también, a partir del siglo XVII, la devoción a la Sagrada (Santa) Familia de Nazaret.

Fue en el siglo XIX, cuando la destrucción de la familia cristiana, dada la revolución industrial que provocó la aglomeración urbana, solicitó con urgencia la atención de la Iglesia. Por ello se decidió crear una fiesta con liturgia completa, centrada en el ejemplo e intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, constituida por Jesús, María y José.

El año 1893, el papa León XIII introdujo la fiesta, que se situó en el tercer domingo después de Epifanía. Poco después se colocó el primer domingo después de Epifanía, pues el evangelio del día describía la vida de la Sagrada Familia en Nazaret.

El Calendario romano (general) de 1969 determina que esta fiesta se celebrará ahora el domingo dentro de la octava de Navidad: El domingo dentro de la octava de Navidad se celebra la fiesta de la Santa Familia» (CR, n. 35 y comentario histórico, pág. 60). Justamente en el mismo misal típico, antes de las lecturas del ciclo «A», se determina que, en defecto de tal coincidencia del domingo, la fiesta se celebrará el 30 de diciembre.

La intención de la fiesta era ante todo promover la salvación del núcleo familiar en su espíritu genuinamente cristiano e ideal, como de un modo tan «especial» se realizó en la Santa Familia de Nazaret. Pero se debe tener en cuenta que en ella no existían ni el pecado, ni las consecuencias del pecado, salvo, quizá, en mínima medida en San José, ya tan directamente ilustrado por el ángel del Señor (Mt 1, 18-25), sobre el misterio de la Propia «santa familia». Por eso la Familia de Nazaret se debe tener como ejemplo, pero, sobre todo, como intercesión para los fieles de todas las épocas.

El mensaje de la fiesta de la Sagrada Familia

Como ha afirmado el Catecismo de la Iglesia Católica, la vida escondida de la Sagrada Familia en Nazaret permite que el hombre se una a Cristo en los momentos más ordinarios de la vida cotidiana, como ya había afirmado el papa Pablo VI en el discurso antes citado.

Todos formamos parte de una gran familia mucho más amplia que la propia familia natural: somos la familia de Dios; somos hijos de Dios y a él nos unimos por la redención de Cristo conforme al designio originario de nuestra creación.

La familia es una verdadera «Iglesia doméstica» dentro de la Iglesia universal que es la familia de Dios.

La vida de los orígenes de la Iglesia estaba constituida de familias, como pequeñas islas de vida cristiana, en un mundo sin fe, Es bien seguro que ésta es la situación actual.

En la familia se ejerce además el gran mensaje de la «santa» familia de Nazaret: no sólo el amor mutuo, sino la oración y el culto a Dios.

Me parece muy significativo que en el contexto de la familia, el Catecismo haya tratado y recordado también a algunas personas, las personas «solteras» que, a causa de las condiciones concretas en las que deben vivir —y a menudo, sin haberlo querido— están especialmente cercanas al amor de Cristo, Éstasson tantas personas que no se han casado, muchas de las cuales viven su situación en el espíritu de las bienaventuranzas, sirviendo a Dios y al prójimo de manera ejemplar. A ellos la Iglesia y los hogares cristianos deben abrirse también con generosidad y dedicación pastoral (CIC, n. 1658).

La familia cristiana está potenciada por un «sacramento», al que ya se ha aludido brevemente, pero que, en definitiva, significa la máxima facilidad humana para realizar todos los deberes y da todos los recursos del matrimonio, especialmente la comunión de vida, que es indisoluble naturalmente y que se facilita al máximo cuando se es fiel a la gracia de Dios y la participación constante en la Eucaristía, en la comunión sacramental, como fuente de la presencia activa del Espíritu Santo. El ideal del matrimonio es casi inalcanzable y sin fronteras: amarse mutuamente como Cristo ama a su Iglesia. Este ideal tan sublime no se consigue sin la gracia del sacramento y su alimento en la Eucaristía y en la oración.

La familia cristiana no puede vivir cerrada en sí misma. Es necesario abrirse a las necesidades y a las alegrías de los demás.

La familia cristiana debe tener una idea clara de los propios deberes: ante todo el bien de los mismos esposos, cuya personalidad se enriquece en la vida común y, luego, como fruto natural en la fecundidad y en el respeto o en el no «tener miedo» a la vida. La obediencia de los hijos debe ser motivada y espontánea en el amor y ejemplo de los padres. El espíritu de agradecimiento nunca puede faltar en los hijos.

Los padres en la familia deben vivir la generosidad en la educación, en la virtud y en el saber de los propios hijos; deben saber usar de la corrección oportuna.

Sobre todo, la familia debe ser la escuela de la formación en la fe y la realidad de poder orar juntos y participar todos juntos en el culto cristiano, especialmente en la celebración dominical de la Eucaristía.

Sin duda que es en este punto donde está fallando nuestra sociedad consumista. No se encuentra momento para rezar juntos; para hablar de cosas trascendentes. Se debe dar ejemplo de vida serena y distendida, para proponer o favorecer las vocaciones religiosas; para poder orar juntos.

Todas estas obligaciones, ideales y realidades vivas las encontramos seguramente en el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret. Pero no hay duda que es necesario dar un gran salto en la fe al comparar las condiciones especiales de esta Santa Familia con la cotidianidad de nuestras familias cristianas en el mundo en el que ahora vivimos. De todos modos, si la Sagrada Familia es un ejemplo difícil de imitar, siempre será eficaz su intercesión para que las familias cristianas se enfrenten al mundo actual que, si falla en tantas cosas, es porque fundamentalmente está fallando en el seno de las familias.

Tantas leyes civiles están tocando negativamente la familia y cada día aumentan. Por eso es necesario que la oración de los fieles logre intensificar su santidad espontánea y que sigan en la medida posible como ideal la vida santa» de la Familia de Nazaret.

Antolin González Fuente, O.P.